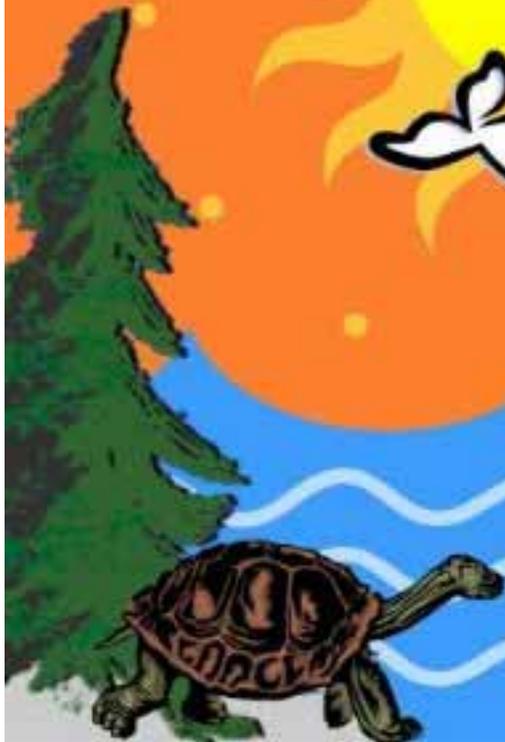


El Libertador De los Gatos



Oscar A. Bachoir

Derechos Reservados
1990
Ley No. 13714

EL LIBERTADOR DE LOS GATOS

Autor : Oscar A. Bacheir Caparó.
Autor del título : Dr. Oscar Bacheir Villegas.
Reestructuración y
Correcciones : José A. Bacheir Caparó.
Contribuciones
en la edición : Rosario Caparó.

“Debemos forjar estos cimientos
para que de aquí a algunos años
podamos pensar que fuimos los
iniciadores de una causa noble”.

WALDIR ESPINOZA

DEDICATORIA

Cuando uno es niño, juega, ríe, corre y hace travesuras, y comparte esos inolvidables momentos con esos amigos que nunca se olvidarán.

Cuando uno no tiene con quien compartir esos juegos, esas risas, sus pensamientos y emociones, el lúgubre sentimiento de la soledad envuelve nuestros corazones haciéndonos llorar.

Si no se tiene un apoyo, si no se encuentra un amigo, seguiremos llorando; faltará esa mano que nos levante, esa voz que nos reconforte, esa persona quien nos ayude.

Siendo aún niño, yo encontré a esa persona:

A Angel Olazabal,

Amigo y hermano.

EL REINO VEGETAL

Me encuentro dentro de una pompa de jabón viajando y descendiendo lentamente y el aire balancea mi cristalina esfera haciéndome columbiar. Cuando rozo la superficie, la capa exterior de mi nave desaparece y finalmente, no sé ni en qué lugar me encuentro, pero es encantador. Siento energía en mi cuerpo y me desplazo sintiendo el camino a cada instante; no sé a donde voy, no lo sé, pero la energía circulante en mi cuerpo me conduce y no puedo detenerme.

En mi trayectoria sobrenatural comienzo a sentir la extraña sensación de que piso un suelo de hojas verdes, que más bien parece que brotaran de la tierra en vez que de los árboles que estiran sus ramas queriéndome alcanzar, mas no me quieren hacer daño, no, hasta parecen amigables, y es agradable ver que te sonrían queriéndote alegrar.

-¡Continúa! --- De dónde salió esa voz?

- Al voltear mis espaldas, vi un prado lleno de flores de muchos colores, y al fondo una cascada que irrigaba las fértiles tierras; aquí no me faltará nada –me dije a mí mismo- ni la luz, ni la sombra, ni los frutos predilectos que los árboles, mis amigos, me ofrecen a su alzar. Al volver el cuerpo me di cuenta que tenía unos acompañantes: una joven acacia, un eucalipto, un bálsamo y un delgado pino, con ellos continuaré mi camino, aún más rápido, con la brisa suave y aromática que estimula la energía que me lleva.

Entre la frondosa vegetación me perdí y me alejé de mis acompañantes, y cuando lo advertí, me encontraba en el ápice de un gran secoya, las enredaderas serpenteantes de gigantes campanitas muy gentilmente me elevaron hasta aquí.

Desde aquí pude divisar todo el reino, y llegué a ver a mis acompañantes, estaban muy lejos, me habían buscado, pero no me habían encontrado.

Miré hacia el sur, y vi todo el tramo recorrido, muchas flores, árboles y plantas se comenzaron a marchitar, quizás llegó el invierno –pensé- o están tristes porque yo me fui. Di media vuelta y miré hacia el norte, el sendero que debo continuar, aquel, está delineado por robles, los árboles reales que cuidarán de mí a lo largo de toda esta extensión.

Miré al este y divisé muchos árboles, unos muy gruesos y muy altos, otros muy largos y muy delgados, otros nudosos y viejos de años y otros que recién se estaban formando.

Cuando miré al oeste, no fue una grata impresión para mis ojos, que con tanta belleza contemplaba, habíanse tornado color verde.

Vi pues, en ese instante, una interminable cerca de espinos que circundaba el terreno del oeste. Y en el corazón de éste, alcancé a divisar un inmenso hibernáculo de vidrio transparente en el cual hallábase las plantas que habían sido transformadas por el hombre para su vicio indescriptible. Alcancé a divisar los narcóticos, estupefacientes y barbituratos cubiertos entre sí por cactus y cizaña..

Ante lo extraño de este fatuo paisaje, me puse a pensar quien pudo haber construido aquel hibernáculo de vidrio; fue entonces cuando precisé la vista a través del claro ambiente que me rodeaba; justamente en uno de los ángulos había un cuadrado de mármol esculpido en bajo relieve que tenía la inscripción: “hecho por el hombre”, preciso instante en que sin advertirlo, las ramas del

secoya se tornaron como si se estuviesen guardando un paraguas después de una larga lluvia.

Como una gota de agua fui cayendo de aquel tobogán formado, que a lo largo de mi caída acariciaba y sostenía mi pequeño y frágil cuerpo. La bienvenida a tierra me la dieron unos girasoles que por casualidad pasaban por allí con rumbo desconocido. Gustosamente me ayudaron a levantarme y les pregunté a dónde iban, mas ellos me respondieron que me acompañarían hasta el final del camino.

Emprendimos pues la marcha, los girasoles y yo, y me puse a pensar sobre el extraño paisaje que vi, esas plantas encerradas dentro del hibernáculo hecho por el hombre.

Mientras seguíamos caminando pude ver a lo lejos algo que venía, -alguien que venía- caminando en dirección opuesta a donde nos dirigíamos. Se nos acercaba, era de mediana estatura, taciturno y pensativo, con un lento caminar y un tronco maciso y viejo del cual sobresalían algunas hojas color verde oscuro, y en la parte superior algunos brotes nuevos más claros que los del tronco.

Como yo no podía retroceder ni parar, debido a la circulante energía que rodeaba mi cuerpo y que el sol cargaba con su luminosidad, el encuentro cercano tenía que realizarse de algún modo. Sentía que él no iba a hacerme daño pues habían muchos árboles que podían protegerme, así es que a corta distancia di un grito para preguntarle si no sabía por donde continuaba el camino. Con una voz apagada, muy pausadamente, me indicó la ruta que debía tomar y también les indicó su rumbo a mis acompañantes, los girasoles, pero como el desvío quedaba muy lejos, fue entonces cuando decidió acompañarnos.

Por lo lento en su caminar, la voz tan apagada y la escasez de hojas y ramas en el tronco, deducí que se trataba de un árbol muy antiguo. Le pregunté cómo se llamaba y me respondió diciendo: “-yo soy el árbol más viejo del reino y soy un pino; todos me tienen mucho respeto y acuden a mí cuando necesitan un consejo, en mí están grabados más de mil años de historia”.-

Al oír estas palabras le pregunté si algo me podía decir acerca del hibernáculo de vidrio grueso que divisé al oeste. Meditó largamente, mas, súbitamente rompió el silencio con su voz ronca.

Es doloroso hablar acerca de este tema, me dijo melancólicamente, pero yo te lo voy a contar para que sepas la verdad y te des cuenta de la realidad y no te confíes...

“Mucho tiempo atrás, hace más de un siglo, tranquilo estaba el reino, nuestra tierra aún más fértil era; el aire, la brisa y la fragancia siempre juntos se encontraban, sin que nadie lo imaginara, cruzó un grupo de hombres que venían de la civilización. Cuando se presentaron ante nuestra realeza, le pidieron algunas tierras fértiles que quedaban al oeste de nuestro imperio para sembrar productos que no daban en sus terrenos. Después de un acuerdo celebrado, nuestra excelencia les otorgó las tierras del oeste por un período de veinte años, a cambio de la quinta parte de las cosechas; mas pasó el tiempo, y después de la primera década de posesión, la codicia y el afán por el poder y el dinero envolvió sus corazones, descuidando los cultivos de pan llevar y cultivando la coca, el opio, la marihuana y varias clases de hongos alucinógenos. Al ver esto, la autoridad real intervino para que las tierras vuelvan al poder del reino, mas ellos se negaron a devolverlas y se armó una guerra que duró más de tres años entre compensados ejércitos, que terminó con un tratado de paz en el cual los hombres acordaban construir un hibernáculo de vidrio grueso para encerrar a

aquellas plantas que habían sido las hierbas de la discordia entre ellos y nosotros; a cambio de esto, el reino les cedía ciento veinte hectáreas de fértiles terrenos.

La paz retornó nuevamente por veintitres años después de los cuales los hombres fueron presa de la codicia y el afán y empezaron a sembrar las plantas de la maldad y la discordia, perjudicándonos y perjudicando a aquellos de su propia especie.

No contentos con la mediana extensión que poseían, nos declararon la guerra. Las batallas fueron cruentes, pero no pudieron derrotarnos puesto que nuestros soldados son muy fuertes, y al ver eso iniciaron la guerra química con la cual lograron su objetivo.

Nuevamente, se hizo un tratado de paz en la ciudad del Mago, mediante el cual los hombres –injustamente- se adueñaban de todos los terrenos del oeste (que viene a ser la cuarta parte del imperio) y, a cambio de esto, ellos se encargarían de hacer crecer las plantas espinadas, aquella muralla que viste y que causa mucho dolor a nuestros habitantes. Desde entonces, yo he visto pasar a sus hijos y los hijos de sus hijos para cosechar los productos que son procesados y vendidos en las grandes metrópolis, pero ellos han descuidado las tierras, ya no son tan fértiles como antes cuando se las prestamos, se están desgastando por los métodos agrícolas que usan, y esa es en breve la historia de los terrenos y habitantes del oeste”.

“Ya llegamos al desvío, ustedes los girasoles proseguirán a la derecha, y tú mi pequeño seguirás por la izquierda, mas antes de que partas quisiera pedirte un favor; cuando llegues a tu destino después de tu largo viaje, une fuerzas con aquellos hombres de buena voluntad para que libren nuestro

territorio y los corazones de aquellos oprimidos que destruyen los campos cultivados con estas plantas y sus centros de elaboración”.

Después de la despedida quedé muy triste y me sentí muy solo, con el viejo pino había aprendido tantas cosas, él había sido un padre para mí...

EL REINO ANIMAL

Continué mi camino. Inesperadamente, apareció una bandada de golondrinas que revoloteaban dando vueltas a mi alrededor. Por ser muchas y encontrarme solo, tuve miedo, las espanté tanto que no quedó ni una sola alrededor; me puse a meditar de lo que hice y al pensar que tales animalitos quizás sólo querían darme la bienvenida, me arrepentí de haber hecho tal acción.

-¡No debiste haber hecho eso!- recibí un reproche.

Lo dijo una mariposa que apareció con muchas otras multicolores, susurrándome cosas bonitas al oído, acompañándome a lo largo del trayecto y haciéndome sentir como si tuviese un par de alas para poder volar, pero como no las tenía y ya estaba cansado, se me acercó un hermoso caballo en el que monté y el cual me llevó entre la frondosa vegetación mientras una nube de alados mosquitos me hacían sombra desde muy alto avanzando al ritmo de mi galope.

A lo largo del trayecto por el reino animal, salían ciervos, venados y alces para vitorear mi llegada, lo cual era muy extraño pues lo único que tenía en mente era llevar el mensaje de mi extinto camino. Vi muchos conejillos, ardillas, perros de la pradera, topos y blancos ratoncillos que salían de su madrigueras, divisándose de vez en cuando un par de orejas sobresalientes u osos entre los arbustos, temerosos de que algún mal elemento pudiera atentar contra su vida.

Las mofetas, ositos lavadores, buhos y mochuelos miraban mi pasar pensativos, como queriéndome hablar pero absteniéndose de hacerlo. Los

monos, descolgándose se desplazaban, el zorro con su titilante caminar también seguía y los canguros entre saltos querían descubrir quien era el nuevo visitante.

Los canarios, jilgueros y cardinales trinaban armoniosas melodías entre sí, y su dulce cantar me hacía meditar acerca de las cosas que habían pasado en el reino vegetal.

De pronto, algo sentí en mis hombros, no fue un roze, pero una fuerza que me levantaba y que poco a poco me elevaba sin que mis acompañantes pudieran hacer algo; quise desprenderme, pero no podía, con los brazos en alto llegué a tocar al ave que me sostenía, la que dijo al sentir mis manos: “sube ahora y siéntate entre mis alas que yo te llevaré por tu camino para que llegues seguro a tu destino”, y yo le pregunté diciendo ¿quién eres y cómo te llamas?

-Soy un águila blanca y joven, la misma que llevó al Marino y que ahora te lleva a tí, desde aquí podrás ver toda la extensión de tu camino, mas mira hacia atrás, ¿ves correr a los ciervos y venados, notas a los otros construir sus madrigueras puesto que el invierno se avecina?

-Sí – respondí-

-Mira ahora hacia adelante, allí está el camino que deberás seguir hasta el siguiente reino y al que muy cerca te dejaré antes de que oscurezca.

Al mirar hacia abajo vi unos animales que no pude distinguir dada la altura en que me encontraba, fue entonces cuando pregunté:

-¿Quiénes son esos animales que se encuentran allá abajo?

-Aquellos son los felinos: leones, tigres, panteras, jaguares, ocelotes, pumas, lince y leopardos; allí no puedes entrar porque ellos están cuidando de nuestra majestad (el león), quien tiene completo dominio de las tres cuartas partes de nuestro territorio.

-¿ Y dónde están los gatos? – pregunté-

-¿ Ves esa gran muralla de piedra y concreto a lo lejos?

-Sí – respondí-

-Allí están encerrados y sólo se ven sus rostros cuando asoman a mirar a través de las ventanas abarrotadas.

- Y por qué ellos están allí y no están con ustedes si ellos son animales también?

- Eso no te lo puedo decir ahora porque ya tenemos que bajar a tierra, sujétate.

Ya en tierra la energía circulante me hizo proseguir, mientras veía que la imagen del águila se acortaba ante mis ojos mientras más alto remontaba. Con su despedida me sentí solo y empecé a llorar, pero escuché una voz que queriéndome consolar decía: “ no te preocupes, yo te ayudaré y te guiaré”...

En sollozos a primera vista no pude distinguirla, mas al fijar la mirada me di cuenta que me hablaba una vieja tortuga que caminaba lentamente.

-¿Quién eres tú? – pregunté-

- Soy aquel mensajero que te llevará hasta el próximo reino.

Mientras continuábamos nuestro camino, se me vino a la mente preguntarle si algo sabía acerca de los gatos. Meditó por un buen rato y luego rompió el silencio con estas palabras:

“ Mucho tiempo atrás, hace casi un siglo, pasó un grupo de hombres que venían de la civilización camino a la soberanía de nuestro reino; cuando se encontraron ante nuestra realeza le pidieron algunos campos para poder criar el ganado que no podía crecer ni reproducirse en sus terrenos. La autoridad del reino, confiando en su credibilidad, les cedió las extensiones por un período de veinte años. El alimento para el ganado lo traían desde el reino vegetal. Todo se encontraba tranquilo y sin novedad hasta que nos enteramos de la guerra que tuvieron contra los vegetales. Después del conflicto que tuvieron con ellos, nos declararon la guerra sin razón alguna. Esta, todavía más cruenta fue, pues no nos pudieron vencer por la ayuda que recibimos de los insectos, reptiles y batracios. Por nueve años luchamos

hasta que lograron vencernos usando químicos y las armas de fuego, conquistando poco a poco nuestros territorios.

Después de un pacto celebrado, se acordó que los hombres se quedarían con la cuarta parte de la totalidad del reino para que allí se desarrolle y crezca su ganado. A cambio de todo esto, ellos construyeron una gran muralla, primeramente para dividir sus terrenos de los nuestros y para retener a los gatos como prisioneros de guerra en caso de un contraataque. Cada celda tiene un gato y cada gato un número en su uniforme penitenciario; para nosotros que vemos desde afuera esta realidad, cada celda, cada gato y cada número no representa más que una de las virtudes que el hombre ha perdido y que se encuentran allí encerradas.

Ahora, sigue tu camino, pero no sin antes llevar nuestro mensaje a tu destino a donde pronto llegarás. Une fuerzas, con aquellos hombres de buena voluntad para que libren a los gatos no por medio de la violencia ni la destrucción; eso que allá frecuentemente se ve, sino por medio del diálogo, el acercamiento, y el lenguaje sincero que trae paz, armonía y amistad.

En la despedida le prometí a mi acompañante cumplir con su deseo, y mientras lo decía, dos monos araña, varios koalas y tres osos panda me daban el adiós con su mirada.

EL OCEANO

Empecé a sentir en el ambiente olor a brisa de mar, la humedad y el sonido que causan las olas al reventar, y mientras contemplaba el vuelo de las gaviotas y el esplendor de aquel ocaso rojo-anaranjado, no precisé que empezaba a cruzar el finito mar azul en el lomo de un delfín.

-¿A dónde me llevas? –pregunté-

-Conmigo cruzarás el mar, ahora descansa que la penumbra del alba te despertará.

Y así fue. Cuando amaneció pude darme cuenta -con los primeros rayos de la madrugada- que la marea había bajado, lo que me permitió ver a lo lejos una cortina de humo; no era neblina, no, pero a través de ésta divisaba altas chimeneas que sobresalían de grandes construcciones.

-¿Qué es lo que allá veo? – pregunté-

- Aquellas estructuras que a lo lejos tú divisas son fábricas y refinerías.

-¿Para qué?

-Para producir y refinar.

-¡Llévame hacia allá!

- No puedo. ¿Por qué no pasaste por el reino vegetal?

- Los cercos espinados no los pude atravesar – respondí-
- ¿Por qué no entonces por el reino animal?
- La muralla construida, no pude pasar.
- Si allá no pudiste, acá tampoco.
- ¿ Por qué?

-Los humos, la escoria y los desechos me matarán; mas no te preocupes que llegarás a tu destino.

Continuamos nuestro rumbo llevados por el ondulante movimiento de las olas del mar hasta que fuimos jalados por una corriente que nos arrastró hacia una enorme catarata que había increíblemente aparecido en medio del mar. No quería morir y aterrorizado ordené al delfín regresar, pero ya no podía, y sentí que el delfín se sumergía mientras yo caía. Cerré los ojos para no ver el final y sintiendo el vacío de esta profunda caída, poco a poco empecé a ver mi ciudad, un parque de atracciones, la casa, mi cuarto, mi cama, a mi mismo, y ...

D E S P E R T E

Mi vaporada fantasía se había consumido.

Fui corriendo a la alcoba de mis padres pensando que quizás el sueño no había terminado, fue entonces que inquieto les pregunté: ¿dónde están los girasoles, el viejo pino, la tortuga, el delfín y los demás animales?

-Cálmate hijo –dijeron-

-¡Pero si una tortuga, un pino y un delfín me dieron un mensaje cada uno!

- Hijo, los animales y plantas no hablan...

Al escuchar aquella respuesta di media vuelta y decepcionado me fui arrastrando el largo pijama; ya era hora de cambiarse, tomar desayuno e ir a la escuela. Allí me encontré con Juan y Pedro, mis dos mejores amigos quienes después de escuchar mi relato me dijeron:

-Sabes, el mensaje que ellos te han dado lo debemos de cumplir. Nos uniremos y empezaremos juntando los chicos de las escuelas, cuidaremos de las plantas, respetaremos a lo animales, promoveremos la paz en este mundo.

Hoy, muchos lo comprendieron y se unieron a la causa. Sólo falta alguien:

TU

¿qué esperas?

FIN